

Cuando un niño ve á su madre, corre hacia ella, y procura desembarazarse de los que le entorpecen el paso; abre su boca y tiende sus manitas para abrazarla. Nuestra alma, al descubrir el sacerdote, va en su busca y corre á su encuentro.

IX

Todas las buenas obras, reunidas, no equivalen al santo sacrificio de la Misa, porque son obras de los hombres, mientras que la Misa es obra de Dios. El martirio no es nada comparado con la Misa, porque aquél es el sacrificio que el hombre hace á Dios de su vida; mas la Misa es el sacrificio que Dios hace de su Cuerpo y de su Sangre por amor al hombre.

Cuando estamos delante del Santísimo Sacramento, en lugar de mirar lo que nos rodea, cerremos los ojos y abramos el corazón, seguros de que Dios nos abrirá el suyo. Nosotros iremos á Él, y Él vendrá á nosotros; nosotros para pedir, Él para dar, produciéndose como una mutua compenetración.

Nuestro Señor ha dicho: «Todo lo que pidieris á mi Padre en mi nombre, se os concederá.» Jamás hemos pensado pedir á Dios su propio Hijo, y, sin embargo, lo que el hombre no pudo imaginar siquiera, Dios lo ha hecho; lo que el hombre no puede concebir, ni se hubiera atrevido á desear, y menos á pedir, Dios, en su amor sin límites, lo ha concebido, lo ha prometido, y, lo que es más, lo ha ejecutado. ¿Nos habríamos atrevido jamás á pedir que entregase Dios su Hijo á la muerte por nosotros, que nos diese á comer su Carne, á beber su Sangre? Si todo esto fuese verdad, el hombre hubiera podido imagi-

nar cuánto Dios puede hacer. Habría superado á Dios en las invenciones del amor... y esto no es posible.

Los seres de la creación tienen necesidad de alimentarse para vivir, y á ese fin Dios Nuestro Señor ha hecho crecer los árboles y las plantas: es una mesa perfectamente servida, donde todos los animales vienen á tomar la comida que les conviene. Pero es necesario también que el alma coma y se nutra. Cuando Dios quiso dar alimento al alma para sostenerla en la peregrinación de la vida, echó una mirada sobre la creación, y no encontró cosa que fuese digna de ella. Entonces, volviendo sobre sí mismo, resolvió ser su alimento... ¡Oh, alma mía, cuán grande eres, pues sólo Dios puede alimentarte!

Queriendo Dios darse á nosotros en el Sacramento de su amor, nos satisface un deseo que Él solo puede llenar.

Al lado de este precioso Sacramento, somos como aquel que se muere de sed á la orilla de un río, necesitando sólo inclinarse para satisfacerla; como aquel que, encontrándose junto á un tesoro, sigue siendo pobre, aunque para participar de él le basta extender la mano.

¿Qué hace Nuestro Señor en el Sacramento de su amor? Ha abierto su bondadosísimo Corazón para amarnos, y de ese Corazón hace brotar un manantial grandísimo de ternura y de misericordia para anegar en él los pecados de los hombres.

Sin la Divina Eucaristía, no habría dicha alguna en este mundo; la vida nos sería insoportable. Cuando recibimos la Sagrada Comunión, recibimos nuestro gozo y nuestra felicidad.

Cuando se comulga, se siente por modo extraordinario un bienestar que se extiende por el cuerpo y llega hasta las extremidades. ¿En qué consiste ese bienestar? En Nuestro Señor, que se comunica á todas las partes de

nuestro cuerpo, y hace que se conmuevan, viéndonos precisados á exclamar con San Juan, cuando lo sentimos: ¡Ah, sí! ¡Es el Señor! ¡Cuán desgraciados son los que nada sienten!

Si después de haber comulgado, al retirarnos del templo, alguien nos dijere: «¿Qué lleváis á vuestra casa?» podríamos muy bien responderle: «¡Llevo el Cielo!»

Al retirarnos del comulgatorio somos tan felices como lo habrían sido los Magos si, después de adorar al Niño Jesús, hubiesen podido llevarle consigo.

Cuando se ha comulgado, el alma se sumerge en el bálsamo del amor, como la abeja en el de las flores.

Conócese fácilmente cuándo un alma ha recibido dignamente el sacramento de la Eucaristía: está de tal modo sumergida, penetrada y cambiada por el amor, que no se la reconoce ya ni en sus acciones ni en sus palabras. Es ya capaz de los mayores sacrificios.

¡Id á la comunión, id á Jesús con amor y confianza! ¡Id á vivir de Él, á fin de vivir para Él! No digáis que tenéis demasiado de qué ocuparos. El Divino Salvador ha dicho: «¡Venid á mí vosotros los que trabajáis!» No digáis que no sois dignos de comulgar; es verdad, no sois dignos, pero tenéis necesidad de tan saludable como eficaz remedio. Si nuestro Señor hubiese tenido en cuenta nuestra dignidad, jamás habría instituido su admirable Sacramento de amor, porque nadie en el mundo es digno de Él, ni los Santos, ni los ángeles, ni los arcángeles, ni la Santísima Virgen...; mas Él ha considerado nuestra necesidad, y todos la tenemos grande de comulgar. No digas que eres demasiado miserable, y que por eso no osas aproximarte á la Mesa santa: fuera esto como decir que estabas muy enfermo, y que por lo mismo no querías hacer remedio alguno ni llamar al médico.

X

El hombre es todo terrestre y animal: sólo el Espíritu Santo puede elevar su alma y conducirla hacia las alturas celestiales.

Los que son enseñados por el Espíritu Santo tienen ideas justas y conformes con la razón. Por eso hay tantos que, careciendo de instrucción, saben más que los que se creen sabios. Cuando el hombre es conducido por el Dios fuerte é iluminador, no hay engaño posible.

Como los anteojos aumentan el volumen de los objetos lejanos, así el Espíritu Santo hace que veamos el bien y el mal en toda su extensión. Bajo la dirección del Espíritu Santo, todo se ve con la mayor claridad: se ve el gran valor de las menores acciones hechas para agrandar á Dios, y la grandeza de las menores faltas. Como un relojero, aplicando su lente, distingue los más pequeños detalles de la máquina que examina, nosotros, con las luces del Espíritu Santo, distinguimos todos los actos de nuestra vida; las menores imperfecciones parecen muy grandes, y los pecados, por pequeños que sean, causan pena.

Los que llevan consigo al Espíritu Santo, no se envanecen: ¡tan convencidos están de su miseria! Los orgullosos no le llevan.

Los mundanos no reciben el Espíritu Santo, ó, si le reciben, es sólo de paso; no se detiene en ellos, porque el ruido del mundo le obliga á ausentarse.

El mundo no ve más allá de esta vida: el ojo del cristiano penetra hasta el fondo de la eternidad.

Para el hombre que se deja conducir por el Espíritu Santo, parece que no hay mundo; para el mundo parece que no hay Dios...

Los que se dejan conducir por el Espíritu Santo, reciben toda clase de satisfacciones, tanto interiores como exteriores, mientras que los malos cristianos se acuestan en un lecho de piedras y de espinas.

El alma que lleva consigo el Espíritu Santo jamás se cansa de la presencia de Dios: su corazón transpira amor.

Tomad en la mano derecha una esponja empapada, y en la izquierda un pedernal; oprimidlos con igual fuerza, y del pedernal no saldrá nada, mientras que de la esponja brotará agua en abundancia. La esponja es el alma llena del Espíritu Santo; la piedra es el corazón frío y duro, donde no habita el Divino Espíritu.

Cuando se posee el Espíritu Santo, el corazón se dilata y se baña en amor divino. El pez no se queja jamás de que tiene demasiada agua; tampoco el cristiano se queja nunca por estar mucho tiempo con su Dios. Hay quienes encuentran á la Religión enojosa. ¿Sabéis por qué? Porque no tienen el Espíritu Santo.

Si se dijera á los condenados: «¿por qué estáis en el Infierno?» ellos responderían que estaban allí «por haber resistido al Espíritu Santo.» Si se preguntara á los Santos: «¿por qué estáis en el Cielo?» responderían que «por haber escuchado al Santo Espíritu.»

Enviándonos Dios el Espíritu Santo, ha hecho, respecto á nosotros, lo que un gran Rey que encargase á su primer ministro de uno de sus súbditos, diciéndole: «Acompañad á ese hombre, dondequiera que vaya; en la inteligencia de que me lo habéis de devolver sano y salvo.» ¡Qué fortuna tan grande ser dirigido por el Espíritu Santo!... ¡Y, sin embargo, hay quienes no quieren seguirle!...

El Espíritu Santo nos conduce por la mano, como una madre lleva á su hijo pequeño; como una persona que tiene vista, conduce á otra que no ve.

El Espíritu Santo reposa en las almas justas, como la paloma en su nido. Él fomenta y protege sus buenos deseos, como la paloma cuida y protege á sus pequeñuelos.

El Espíritu Santo reposa en un alma pura, como en lecho de rosas.

El alma donde reside el Espíritu Santo exhala suave olor, semejante al de la vid cuando florece.

Como la hermosa y blanca paloma, al salir del agua, sacude sus alas sobre la tierra, el Espíritu Santo, desde el océano infinito de las perfecciones divinas, bate las suyas sobre las almas puras, para rociarlas con bálsamo de amor.

XI

La Virgen Santísima está constantemente entre su Hijo y los hombres para ser su Medianera.

El Hijo ostenta su justicia, la Madre sólo su amor.

Dios nos ha amado hasta morir por nosotros, pero en su Corazón reina la justicia, que es atributo de Dios, mientras que en el de la Santísima Virgen todo es misericordia... Cuando su Hijo se prepara á castigar un pecador, María se interpone, detiene la espada, y pide gracia para el pobre culpable. «Madre mía, la dice Nuestro Señor; yo no puedo negaros nada. Si el Infierno pudiera convertirse, vos obtendríais su perdón.»

La devoción á la Santísima Virgen es suave, dulce y nutritiva para el alma.

No se entra en una casa sin la venia del portero; pues bien, la Santísima Virgen es la *Portera del Cielo*.

Cuando nuestras manos están impregnadas de aroma, embalsaman todo lo que tocan: hagamos pasar nuestras

oraciones por las manos de la Santísima Virgen, y se embalsamarán.

Cuando llegue el fin del mundo, la Santísima Virgen estará muy tranquila; pero mientras el mundo exista, como madre que tiene muchos hijos, va continuamente de un lado á otro para protegernos.

XII

Dos maneras hay de sufrir: sufrir amando, y sufrir sin amar. Los Santos han sufrido con paciencia, gozo y constancia, porque amaban; nosotros sufrimos á despecho, con gran dificultad y flojamente, porque no amamos.

Si amásemos á Dios, amaríamos las cruces, las deseáramos, nos complaceríamos en ellas, y nos contemplaríamos dichosos sufriendo por amor de Aquel que ha querido sufrir por nosotros.

¿Dicen que esto es duro? No lo creas: ¡es consolador, es suave, es la dicha!... Sólo que es menester amar sufriendo; es necesario sufrir amando.

¡Oh qué dulzura sienten en los sufrimientos las almas que son completamente de Dios! Cuando los sufrimientos tienen por fin agradar á Dios, son como una mezcla de poco vinagre con mucho aceite; el vinagre es siempre vinagre, pero el aceite corrige y mata su acidez, hasta el punto de no percibirse apenas.

No hay personas más dichosas en este mundo que las que tienen tranquila el alma; en medio de las aficciones de la vida, gozan la alegría de los hijos de Dios.

Todas las penas son dulces cuando se sufren en unión de Nuestro Señor.

¡Sufrir! ¿Qué importa? Es sólo por un momento, y, si

pudiésemos pasar ocho días en el Cielo, comprenderíamos lo que vale ese instante de sufrimiento. No encontraríamos cruz alguna que fuese pesada; ninguna prueba nos sería amarga.

Para aquellos que Dios ama, las pruebas no son castigos, son gracias.

¿Qué son veinte, treinta años, comparados con la eternidad? ¿Tanto tenemos que sufrir? Algunas humillaciones, algunas contradicciones, palabras que nos hieren: NADA DE ESTO MATA.

¡Qué dulce es morir cuando se ha vivido sobre la Cruz!...

Nosotros deberíamos correr en busca de las cruces, como el avaro corre tras del dinero...

La cruz es un dón que Dios hace á sus amigos.

No miremos nunca de dónde vienen las cruces; las cruces las envía Dios: son los medios de que se vale para probar nuestro amor.

En el camino de la Cruz, sólo el primer paso es costoso: nuestra mayor cruz es el temor á las cruces.

El no tener valor para llevar su cruz, es un gran mal; porque hagamos lo que hagamos, la cruz nos seguirá á todas partes, sin que podamos escapar de ella.

El que va hacia las cruces, y corre en su busca, las encuentra acaso; pero, contento de haberlas hallado, las ama y las lleva con valor: ellas le unen á Nuestro Señor, le purifican y hacen que se olvide del mundo. Destierran de su corazón todos los obstáculos, y le ayudan á pasar la vida, como un puente ayuda á pasar un río.

Los mundanos se afligen cuando tienen alguna cruz que llevar, mientras los buenos cristianos sienten no tenerlas. El cristiano vive en medio de las cruces como el pez en el agua.

Sólo las cruces pueden inspirarnos confianza para el día del Juicio. Cuando llegue ese día, nos complaceremos en nuestras desgracias; estaremos orgullosos por nuestras humillaciones, y nos encontraremos ricos por nuestros sacrificios.

No se ha de considerar el trabajo, sino la recompensa: un negociante no se ocupa de las molestias que le causan sus negocios, sino de la utilidad que han de reportarle.

Las aficciones, transformadas en llamas de amor, son como un manojo de espinas que, arrojado al fuego, se reduce á cenizas. Las espinas son duras, pero las cenizas suaves.

Poned en prensa un buen racimo de uvas, y dará vino delicioso. Nuestra alma, oprimida por el peso de la cruz, produce un vino que la alimenta y fortifica.

Cuando no tenemos cruz que llevar, vivimos en la aridez: si, teniéndola, la llevamos con paciencia y resignación, ¡entonces sentimos una dulzura, un deleite, una suavidad!... Es el principio del Cielo.

Las espinas sudan bálsamo, y la cruz transpira dulzura; pero para que las espinas y la cruz destilen el jugo que en sí tienen, es menester oprimir aquéllas con las manos, y estrechar la cruz sobre el corazón.

Las contradicciones nos llevan al pie de la cruz, y la cruz nos conduce á las puertas del Cielo.

Los sufrimientos de este mundo tienen fin; los de la otra vida son eternos.

XIII

Hay en este mundo quien espera demasiado, y otros que no esperan bastante.

Nosotros queremos ir al Cielo, pero con toda comodidad, y sin cuidarnos de poner los medios: no hicieron eso los Santos.

¿Qué diríais de un hombre que, abandonando su heredad, trabajase la del vecino, dejando la suya sin cultivo? Esto precisamente es lo que hacéis vosotros. Escudriñáis de continuo las conciencias ajenas, y abandonáis las vuestras. ¡Oh qué disgusto tendremos, á la hora de la muerte, de haber pensado tanto en los otros, sin ocuparnos apenas de nosotros mismos! Sólo tendremos que dar cuenta de nuestras acciones...

Tenemos siempre dos testigos de vista: el demonio, que escribe nuestras malas acciones para acusarnos, y el ángel de nuestra guarda, que escribe las buenas para justificarnos el día del Juicio.

El demonio nos distrae hasta el último momento, como se entretiene á un desgraciado para dar lugar á que venga la Justicia y le prenda. Cuando los agentes de la Autoridad llegan, grita, se defiende, pero en balde; no por eso le dejan libre.

Cuando sean examinadas todas nuestras acciones, ¡cuán pocas, aun entre las mejores, habrá que sean agradables á Dios!... ¡Tantas imperfecciones se les mezclan, tantos impulsos de amor propio, tantas satisfacciones humanas, tantas miras egoístas! Estas acciones tienen buena apariencia, pero sólo la apariencia: como las frutas que parecen maduras, por haberlas picado el gusano.

¿Qué diríais de un padre que tratara lo mismo á un hijo discreto y de sano juicio que á un hijo necio? Ese padre no es justo, diríais. Pues bien; Dios no sería justo si no hiciese diferencias entre los que le sirven y los que le ofenden.

La tierra no es más que un puente para pasar á la orilla de la eternidad: sólo debe servir para sostenernos...

Al morir, hacemos una restitución: volvemos á la tierra lo que la tierra nos ha dado... un poco de polvo: en esto nos hemos de convertir. ¿Hay razón para enorgullecernos?

Somos semejantes á los remolinos de arena que el viento forma en los caminos: por un momento andan dando vueltas, y en seguida desaparecen... Los hombres que nos precedieron en el camino del sepulcro se han convertido en un puñado de ese polvo.

La muerte, para nuestro cuerpo, no es más que una lejía.

Es menester trabajar en este mundo; es preciso combatir: tiempo tendremos de descansar en la eternidad.

Si entendiéramos bien cuán grande es nuestra fortuna, pudiéramos considerarnos en cierta manera más dichosos que los Santos del Cielo. ESTOS VIVEN DE SUS RENTAS, y no pueden ganar más; en tanto que nosotros podemos á cada momento aumentar el capital.

¿Qué diríais de una persona que hiciese gran provisión de cosas que se deterioran y se pierden, y dejara las piedras preciosas, el oro, los diamantes, que podría conservar haciendo con ellos gran fortuna? Pues esto justamente hacemos nosotros: nos prendamos de la materia, y pensamos poco en ganar el Cielo, único y verdadero tesoro.

Marchad por donde queráis, de mundo en mundo, de reino en reino; aumentad de día en día vuestras riquezas; gozad de todos los placeres imaginables, mas no hallaréis

felicidad. La tierra entera no puede contentar á un alma inmortal, como un polvo de harina en la boca del hambriento no puede satisfacerle.

¡Qué felicidad la de los justos, al fin del mundo, cuando el alma, embalsamada con los perfumes del Cielo, vaya á buscar su cuerpo para gozar de Dios eternamente! Entonces nuestros cuerpos saldrán de la tierra purificados, como el lienzo echado en lejía... Los cuerpos de los justos brillarán en el Cielo como preciosos diamantes.

¡Qué gozo y alegría cuando el alma vaya á unirse con su cuerpo glorificado, que no será ya para ella instrumento de pecado ni motivo de sufrimiento! El alma se recreará en el bálsamo del amor, como la abeja en el de las flores, y así estará siempre y por toda la eternidad.

